**NOMBRE DE JESÚS**

*“Nosotros los jesuitas, les damos las gracias a ustedes, nuestros colaboradores en la misión. Les estamos agradecidos por su continuo esfuerzo por profundizar su conocimiento de, y entrega a, los carismas de la herencia ignaciana. Esta es una andadura de toda la vida. Y como Ignacio mismo dijo, es sólo un camino entre muchos hacia el Señor, pero es un camino que muchos otros han seguido antes que nosotros. Los jesuitas les damos las gracias por las enormes cualidades y talentos que ustedes traen a nuestro trabajar juntos. Les debemos nuestra más profunda gratitud y apoyo. Hoy, la Compañía de Jesús renueva su promesa de caminar con ustedes (…)*

*Pero no vamos a caminar solos. El Señor que nos llama, el Señor, cuyo nombre lleva la Compañía de Jesús, caminará con nosotros como Compañero”.*

Estas palabras pertenecen a un discurso que el P. Kolvenbach dirigió al Consejo de Dirección de la Universidad de Georgetown en la Universidad Gregoriana (Roma, 10 de mayo de 2007) y describen bien la gratitud que os debemos a tantos de vosotros. Sois nuestros amigos, nuestra familia… Las personas a las que servimos y las personas que tanto nos enseñáis. Aunque a veces pensemos que ya lo sabemos todo…

Sois nuestros maestros de muchas asignaturas. Nos enseñáis la grandeza de la familia, la hermosura de vivir en pareja (a veces también nos enseñáis la dificultad que esto trae consigo); nos enseñáis que solo podemos engendrar vida si nos entregamos totalmente; nos enseñáis a valorar lo cotidiano, lo natural, lo espontáneo… Nos enseñáis a establecer prioridades, a discernir partiendo de la realidad (y no de nuestras ideologías). Nos enseñáis a descubrir al enano narcisista y al enano fariseo que todos llevamos dentro. Nos enseñáis también, sobre todo las mujeres, que llevamos dentro micro-machismos (o no tan “micros”). Nos enseñáis, en definitiva, a ser mejores personas y, por ello, mejores compañeros de Jesús.

Hoy es una fiesta grande en la Compañía, por eso es también una fiesta vuestra. Gracias por estar aquí hoy, pero, sobre todo, gracias por estar siempre a nuestro lado. Vuestra cercanía, aunque no os lo digamos a menudo, es muy importante para nosotros porque vuestra fe sostiene nuestra fe, porque en vosotros vemos cómo crece el Reino de Dios, y porque en vosotros descubrimos cómo Cristo ama a su pueblo.

Hoy es una fiesta grande en la Compañía.

Esta Compañía de Jesús que se funda para servir a la Iglesia, para serviros a vosotros. Hoy recordamos nuestro nombre… Hoy es nuestra fiesta titular. Recordamos de dónde venimos y a lo que somos llamados. Venimos de Jesús; y somos llamados a imitarle; como diría Ignacio en los Ejercicios somos llamados a “*vestirnos de su misma vestidura y librea*”.

Quien espere, en esta homilía, unas sabias reflexiones va a quedar un poco decepcionado porque lo que voy a pediros es que recordéis una escena de una película de todos conocida… La misión… Sin duda todos tenéis una escena que os haya impactado especialmente de esa película…

El jesuita crucificado cayendo por la catarata; el camino de penitencia y redención del aún capitán Rodrigo de Mendoza cargando con ese fardo, cargando con su hombre viejo, y cómo uno de los guaraníes que perseguía le “libera”… La entrada del cardenal en la Iglesia de una de las reducciones escuchando una coral impresionante… La muerte de los jesuitas, unos blandiendo armas y otro una custodia. O quizás os impactó de manera especial la escena final en la que un grupo de niños guaraníes emprende la marcha a una nueva vida pero, llevando consigo uno de los violines…

Evidentemente, si las he mencionado, es porque aún las tengo en la memoria debido a su impacto. Pero, la escena que más me tocó por dentro como jesuita no fue ninguna de las escenas anteriores. Fue la siguiente…

Al comienzo de la película, cuando el padre Gabriel, junto con otros dos compañeros, entierra al P. Julián y cómo antes de comenzar el camino, cataratas arriba, se pone al cuello la misma cruz que llevaba el jesuita martirizado… Lo que un jesuita comenzó, otro lo continuará… Esa cruz es, para nosotros, continuidad y novedad. Esa cruz es recuerdo de que hay que entregarse al 100%, pero también nos recuerda que si el grano de trigo no muere no da fruto.

Esa cruz representa lo mejor de la Compañía, la octava alta de la espiritualidad Ignaciana… En esa cruz está resumida la llamada del Rey eternal, el coloquio de Banderas, la Tercera Manera de Humildad… Esa cruz simboliza la razón por la que hemos dicho un día, con honestidad: Tomad, Señor y recibid todo…

La cruz está presente desde el comienzo de la vida de un jesuita, no en vano al hacer los primeros votos la Compañía, cuando prometemos entrar en ella, solo nos hace un regalo: una cruz…

La cruz está desde el comienzo de la Compañía, en nuestra Fórmula del Instituto: “*Todo el que quiera militar para Dios bajo el estandarte de la cruz en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, y servir solamente al Señor y a su Esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la Tierra*” (FI, 1)

Esa cruz está por encima de cualquiera de nuestros proyectos meramente personales, por encima de cualquiera de nuestras ideologías políticas, por encima de “*nuestro proprio amor querer y interesse*”.

Pero la cruz, para la Compañía y para cada jesuita, desde el comienzo no es una mera cruz desnuda. Para cada jesuita, para la Compañía de Jesús, no hay cruz sin crucificado. Cuando a las puertas de Roma Ignacio se detiene en la Storta, la cruz está presente, pero en los brazos de Cristo. Y este Cristo es quien le dice: “Yo os seré propicio en Roma”.

Pedid al Señor que no nos desviemos de Jesús, que es el Cristo. Al terminar el período de preparación al sacerdocio, el cura que nos dirigió nos escribió una carta personal a todos los jesuitas jóvenes que nos íbamos a ordenar ese año. En aquella carta nos decía algo que espero que no se me olvide nunca: “*No dejéis que nadie os presente a un Cristo diferente del que presenta Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, no sigáis a otro Cristo que no sea el que sedujo a Ignacio, y no olvidéis nunca que ese es el Cristo pobre y humillado*”. Y aquella carta terminaba diciéndonos: “*Y nunca caigáis en la tentación de creer que Dios os quiere más a vosotros. Porque Dios de quien está enamorado es de su pueblo, que es un pueblo sacerdotal, un pueblo que a imagen de Cristo es un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes. Y porque Dios está enamorado de su pueblo os ha dado la vocación. Y, sobre todo, no olvidéis nunca que lleváis un tesoro en vasijas de barro*”.

Somos Compañeros de Jesús.

Para terminar pido prestadas unas palabras al papa Francisco cuando hace un par de años celebraba esta misma fiesta en la Iglesia del Gesú:

*“Nosotros, los jesuitas, queremos ser distinguidos con el nombre de Jesús, militar bajo la bandera de su Cruz, y esto significa: tener los mismos sentimientos de Cristo. Significa pensar como Él, querer como Él, ver como Él, caminar como Él. Significa hacer lo que Él hizo y con los mismos sentimientos de su Corazón. (…)*

*Nosotros somos hombres en tensión, somos también hombres contradictorios e incoherentes, pecadores todos. Pero hombres que quieren caminar bajo la mirada de Jesús. Nosotros somos pequeños, somos pecadores, pero queremos militar bajo la bandera de la Cruz en la Compañía marcada con el nombre de Jesús. Nosotros que somos egoístas, queremos sin embargo vivir una vida agitada por grandes deseos. Como escribía san Pedro Fabro,* “no busquemos nunca en esta vida un nombre que no se una al de Jesús” (Memorial, 205)*. ”*

Este es nuestro sueño, os pedimos que nos ayudéis a cumplirlo… Ayudadnos a ser jesuitas, ayudadnos a ser compañeros de Jesús.